Año XXI. PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS, Num. 34.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.

Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario. — Dibujo de tapicería. — Punto rizado. — Punto de cestero.—Punto de malla, números 1 y 2. — Punto ruló. — Punto de enrejado.—Entredos para enaguas blancas.— Velo de butaca.—Tapete.—Miton al crochet para niña de 8 á 12 años.—Miton para señora.— Explicacion del grabado de modas.— Serenata: poesía. — Explicacion del figurin iluminado para caballeros.— El Doctor Antonio. — El ciego de los valles. — Revista de Cádiz. — Solucion del salto del caballo de nuestro número anterior.—Geroglífico.

Dibujo de tapiceria.

Servirá para taburete ó cogin largo; ejecutado en canevas muy fino, se le empleará para cartera ó cartapacio. El fondo será grosella, verde inglés,—violeta,—ó azul aciano, en lana ó en seda.

DIBUJO DE TAPICERIA.—Explicacion de los signos:— Blanco (seda ó lana). Gris muy claro. Gris claro. Gris verde claro. El mismo gris, color medio. El mismo gris oscuro. Color chocolate claro. El mismo col ormenos claro. Amarillo de oro. Gris plata. Gris acero. Gris azul. Negro. Fondo como se quiera.

© Biblioteca Nacional de España

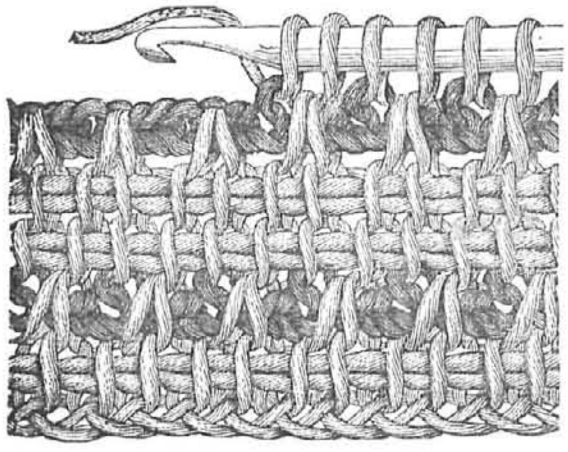
NUEVOS PUNTOS DE CROCHET.

Estos nuevos puntos son variedades del crochet tunecino; se los ejecuta con un largo crochet guarnecido con una bola; cada raya se compone de dos vueltas: la 1.ª va de derecha á izquierda, — la 2.ª de izquierda á derecha. Aunque muchas veces hayamos explicado el crochet tunecino, vamos todavía á consagrar algunas líneas á esta explicacion, dedicada á nuestras nuevas suscritoras.

Se hace una cadeneta, como en todas las labores de crochet.

1.ª *vuelta*.—Se pasa el crochet en el 2.º punto de la cadeneta (esto es, en el penúltimo de los que acaban de hacerse); se toma la hebra, se la conserva en el crochet como 2.º punto; se pasa el crochet en el punto siguiente; se toma la hebra, — se la conserva sobre el crochet,—y asi sucesivamente, guardando los puntos sobre el crochet.

2.ª *vuelta*.—De izquierda á derecha; se toma la hebra, se la pasa al través del primer punto, se deja escapar este del crochet,—se vuelve á tomar la hebra; se la pasa en el punto que acaba de formarse, despues en el siguiente;—se los deja escapar del crochet,—así sucesivamente, hasta que quede un solo punto ó bucle en el crochet. En cada vuelta de las que van de derecha á izquierda, se pasa el crochet en las barras perpendiculares formadas por la vuelta de izquierda á derecha;—se



PUNTO DE CESTERO.

saca la hebra al través de estas barras, y se conservan sobre el crochet todos los puntos.

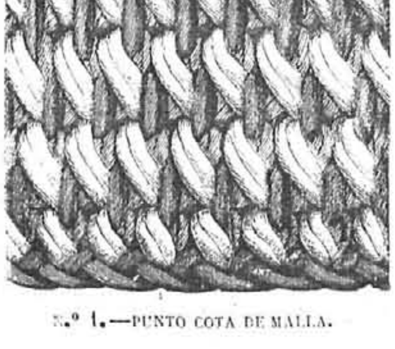
Punto rizado.

1.ª *vuelta*.—Se hace una cadeneta, despues una primera vuelta como en el crochet tunecino.

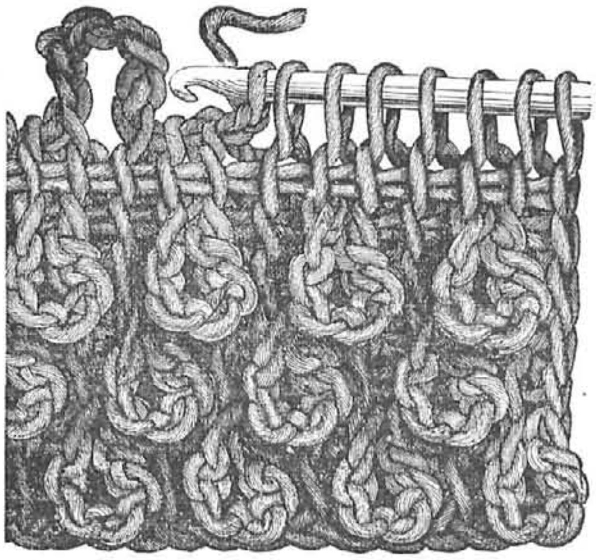
2.ª *vuelta*.—Los 3 primeros puntos se desmontan como en la vuelta de izquierda á derecha del crochet tunecino; se hacen en seguida * 6 puntos en el aire,—se toma la hebra en el crochet, se la pasa al través de los 3 puntos siguientes (con el que está en el crochet, lo que hace en todo 4 puntos, al través de los cuales se pasa la hebra);—vuélvase á comenzar desde *.—En la vuelta que va de derecha á izquierda, se vuelven á tomar todos los puntos, como se hace en el crochet tunecino, cuidando de dejar los bucles por delante.—En la vuelta siguiente, se rehacen los mismos bucles, compuestos de 6 puntos en el aire, pero haciéndolos encontrados.

Punto de cestero.

Se le emplea en los objetos para abrigar el rostro y cuello, y se le hace de dos colo-



N.º 1.—PUNTO COTA DE MALLA.



PUNTO RIZADO.

res, gris y blanco por ejemplo.

1.ª y 2.ª *vueltas*.—Lana blanca, como el crochet tunecino.

3.ª *vuelta*.—De derecha á izquierda, como el mismo crochet.

4.ª *vuelta*.—De izquierda á derecha; * se desmontan 2 puntos juntos,—se hacen 3 puntos en el aire; —vuélvase á empezar desde *. Se hace esta vuelta con lana gris.

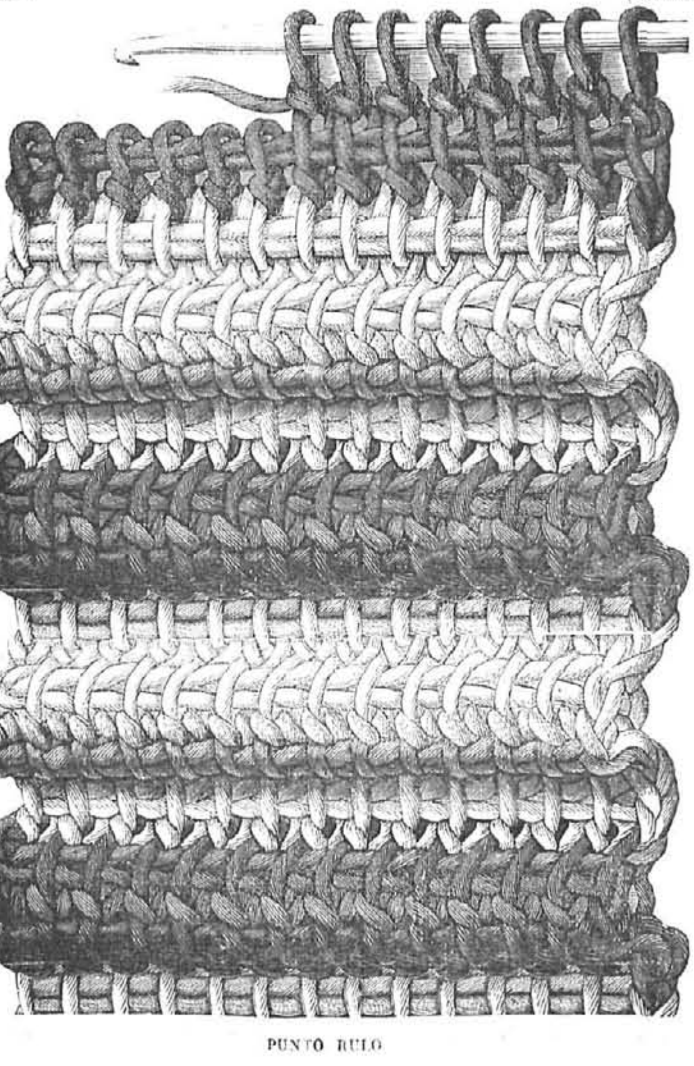
5.ª *vuelta*.—Lana blanca. Se pasa una sola hebra á través de los 2 puntos desmontados juntos,— despues se la pasa á través de los 3 puntos en el aire (véase el dibujo). Esta vuelta debe tener el mismo número de puntos que las anteriores.

6.ª *vuelta*.—Como la 2.ª

En seguida se hacen dos vueltas al crochet tunecino con lana blanca,—despues la vuelta en que se desmontan los puntos con lana gris.

Punto de enrejado.

1.ª y 2.ª *vueltas*.— Como el crochet tunecino.— En cada vuelta de derecha á izquierda se pasa la hebra (que queda como punto sobre el crochet) siempre á través del lado de detrás de los puntos de la cadeneta que existe sobre las barras perpendiculares en el crochet tunecino.—La vuelta de izquierda á derecha es siempre semejante á la misma vuelta del crochet tunecino.



PUNTO RULO

Punto cota de malla

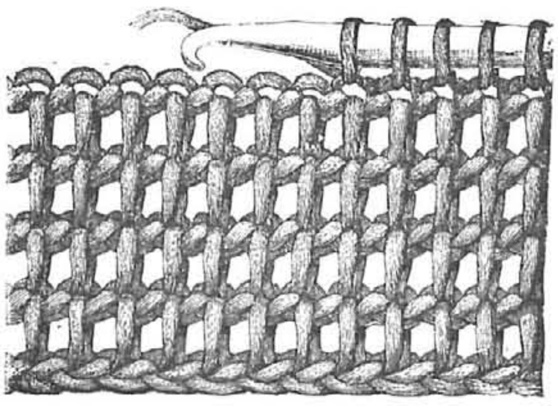
Se hace este punto con dos crochets: el uno es el crochet tunecino; el otro, doble mas grueso, no tiene bola y es puntiagudo por el otro estremo.— Dos dibujos se consagran á este punto: el n.º 1 lo representa terminado,—el n.º 2 en ejecucion. Nuestro modelo es de lana blanca y lana azul.

Despues de haber hecho una cadeneta con la lana azul, se ata la lana blanca doble (sin cortar la otra), y tomando el crochet sin bola, se pasa la hebra en cada punto de la cadeneta, y se conservan todos estos puntos sobre el crochet, al fin de la vuelta se corta la lana blanca.

Vuelta azul: tambien de derecha á izquierda; crochet con bola. A través de cada punto hecho con lana blanca doble, se pasa la hebra azul, picando el crochet por detrás (vèase el dibujo n.º 2), y quitando al mismo tiempo este punto del primer crochet, de modo que los dos lados del punto blanco se crucen.

Vuelta de izquierda á derecha: lana azul.—Esta es semejante á las de izquierda á derecha del crochet tunecino. La lana azul se deja pendiente.

Vuelta de derecha á izquierda: lana blanca doble; crochet sin bola. A través de cada barra perpendicular se pasa la hebra, y se la conserva en el crochet en calidad de punto. Se hacen en seguida las dos vueltas azules,—despues esta última vuelta blanca, y asi se continúa.



PUNTO DE ENREJADO.

Punto ruló.

Lana negra y blanca. Las dos primeras vueltas como en el crochet tunecino.

3.ª *vuelta*.—* Se pasa la hebra en cada barra perpendicular, despues se hace un punto en el aire, que se conserva en el crochet; vuélvase á empezar desde *.

4.ª *vuelta*.—De izquierda á derecha, como el crochet tunecino

5.ª y 6.ª *vueltas*.—Como las dos anteriores.

7.ª *vuelta*.—Como la 3.ª; pero se pasa al mismo tiempo la hebra por detrás en la barra perpendicular de la 1.ª vuelta, á fin de formar un ruló.

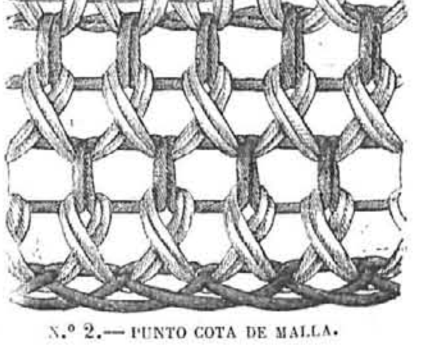
Las 4 vueltas siguientes son semejantes á las 3.ª, 4.ª, 5.ª y 6.ª; despues se hace una vuelta semejante á la 7.ª, —y así sucesivamente.

Todas las vueltas colocadas entre los rulós se hacen del mismo color; los rulós se forman alternativamente con el color claro y el color oscuro.

Entredos para enaguas blancas.

MATERIALES.—Algodon grueso de crochet; hilo muy fuerte; *sobrepuesto doble de galon (mignardise)*.

Se hace este entredos en el sentido de su longitud y en redondo á fin de evitar la costura: para estos se cosen juntos los estre-



N.º 2.— PUNTO COTA DE MALLA.

© Biblioteca Nacional de España

mos de un sobrepuesto doble, suficiente para el ancho de la enagua; y en los piquillos de uno de los lados se hacen festones compuestos de puntos en el aire, cuyo pormenor vamos á explicar: 5 puntos en el aire,—uno sencillo, despues de haber pasado un piquillo del sobrepuesto; se cosen los estremos de un segundo pedazo de sobrepuesto de galon igual al primero, y se le reune á este con puntos en el aire (véase el dibujo). El otro lado del entredos se prepara lo mismo.

CÍRCULOS.—Se rodea el pulgar de la mano izquierda cuatro ó cinco veces con algodon grueso de crochet,—se saca el pulgar; se cubre esta especie de anillo con puntos sencillos muy apretados, y se llena el vacío interior por medio de una rueda hecha con hilo muy fuerte; se cosen estos anillos, ó círculos entre los dos pedazos del sobrepuesto (mignardise).

Velo de butaca.

MATERIALES.—Nansouk fino; algodon de bordar de medio grueso; algodon para crochet n.° 100; un crochet fino.

Este dibujo, que recomendamos particularmenmente, servirá para mantel de altar, de mesa de tocador, velo de butaca, etc. Es en estremo lindo, y de una ejecucion muy fácil.

El dibujo se compone de cuadros de nansouk bordado y de rosetas hechas al crochet, todo ello representado de tamaño natural. Nuestro modelo es cuadrado; los bordes se ocupan por medias rosetas, las puntas por cuartas partes de rosetas; está rodeado por un encage hecho al crochet.

Los cuadros se bordan sobre nansouk á punto de feston, despues se recortan de modo que reproduzcan los vacíos del dibujo.

ROSETA AL CROCHET.—Se hace una cadeneta de 9 puntos, se reune el último al primero.

1.ª *vuelta*.—Sobre el anillo que se acaba de formar se hacen 32 bridas (la primera con 3 puntos en el aire);—la última brida se ata á la primera de esta vuelta.

2.ª *vuelta*.—* Un punto sencillo,—5 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 3 puntos de la vuelta anterior;—vuélvase á comenzar 7 veces desde *.

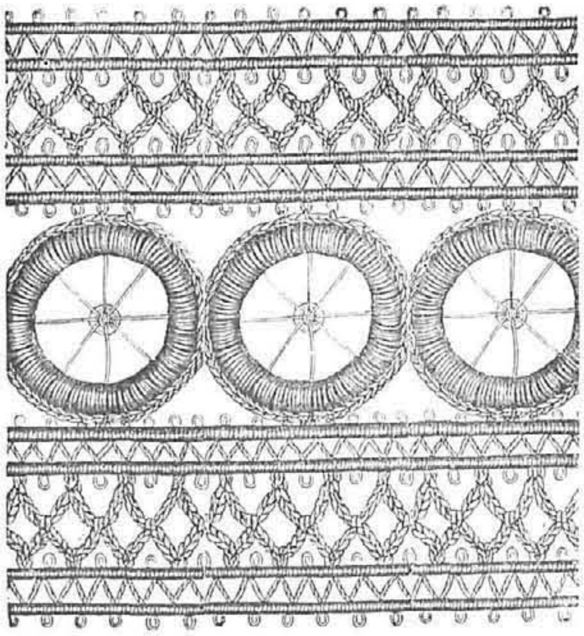
3.ª *vuelta*.— Se hacen algunos puntos-cadenetas para llegar al medio del feston compuesto de 5 puntos en el aire, y en este punto del medio se hacen 2 bridas dobles, la primera de las cuales se forma con 4 puntos en el aire,—despues 5 puntos en el aire,—y otras 2 bridas dobles en este mismo punto del medio; se hacen del mismo modo 4 bridas *dobles separadas por 5 puntos en el* aire en el del medio de cada feston. Al fin de la vuelta se ata la última brida á la primera.

4.ª *vuelta*.—En cada brida doble una sencilla,—en cada feston, compuesto de los 5 puntos en el aire, 3 bridas sencillas,—3 dobles y 3 sencillas, —y entre cada 2 bridas se hace una sencilla.

5.ª *vuelta*.—Un punto sencillo sobre la brida colocada en la escotadura de los festones;—* 3 puntos en el aire, bajo los cuales se pasa uno de la vuelta anterior,—un punto sencillo;—vuélvase á comenzar desde * hasta el fin de la vuelta.

6.ª *vuelta*. — 3 puntos sencillos en los pequeños festones compuestos de 3 puntos en el aire, pertenecientes á la vuelta anterior.

Segun esta explicacion, será fácil ejecutar las me-



ENTREDOS PARA ENAGUAS BLANCAS.

dias rosetas y las cuartas partes de rosetas, que se hacen, no en redondo, sino de ida y vuelta.

Se guarnece esta labor con un encage cualquiera, hecho al crochet; el que figura en nuestro dibujo es tan sencillo que se puede ejecutar sin necesidad de explicacion.

Tapete.

MATERIALES.—Canevas n.° 24; trenza gruesa de paja; seda de Argel azul aciano; torzal de seda muy grueso negro; el mismo torzal punzó; trenza de lana encarnada de 2 centímetros de ancho; piel americana color de café.

Se le hará mas ó menos grande, redondo ó cuadrado, segun el uso á que se destine:—ya para lámpara,—ya para candelero, etc.; tambien servirá para poner encima *fuentes de mesa calientes, teteras* ó cafeteras.

Este tapete se hace sobre canevas, y presenta un enrejado formado con trenzas de paja cubriendo 5 cruces de canevas; entre las trenzas se deja un cuadro de 8 cruces de canevas; las trenzas no se entrelazan, sino solo se colocan unas sobre otras en los sitios en que se cruzan; aquí se atraviesan por una cruz al sesgo, hecha con torzal negro de seda, en el medio de la cual se forma una cruz recta con torzal punzó; estas sedas pueden reemplazarse con trencilla fina. El interior de los cuadros se llena con lana granate,—verde,—punzó,—azul aciano; este último color es con seda de Argel. Cuatro largos puntos, hechos con seda negra, cubren la union de cada cuadro con las trenzas que lo rodean. Se forra el tapete con hule ó piel americana;—se le rodea con un rizado hecho con trenza de lana punzó.

Miton de crochet para niña de 8 á 12 años.

MATERIALES para un par de mitones; 16 gramos de seda negra de coser de la mas fina; 8 gramos de seda encarnada; un crochet apropiado.

Seda negra. Se hace una cadeneta de 136 puntos y se trabaja en redondo.

1.ª *vuelta*.—Una brida doble (es un punto para el cual se echa dos veces la hebra sobre el crochet), * 3 puntos en el aire,—una brida doble en el mismo punto que la primera,—una brida doble en el 4.° punto, pasando por consiguiente 3 puntos de la cadeneta;—vuélvase á empezar desde * hasta el fin de la vuelta.

2.ª *vuelta*.—(Desde esta vuelta se hacen bridas sencillas). Una brida en medio de los 3 puntos en el aire de la vuelta anterior, * 3 puntos en el aire,—una brida en el mismo punto que la anterior,—una brida en el medio de los 3 puntos en el aire siguiente; vuélvase á empezar desde *.

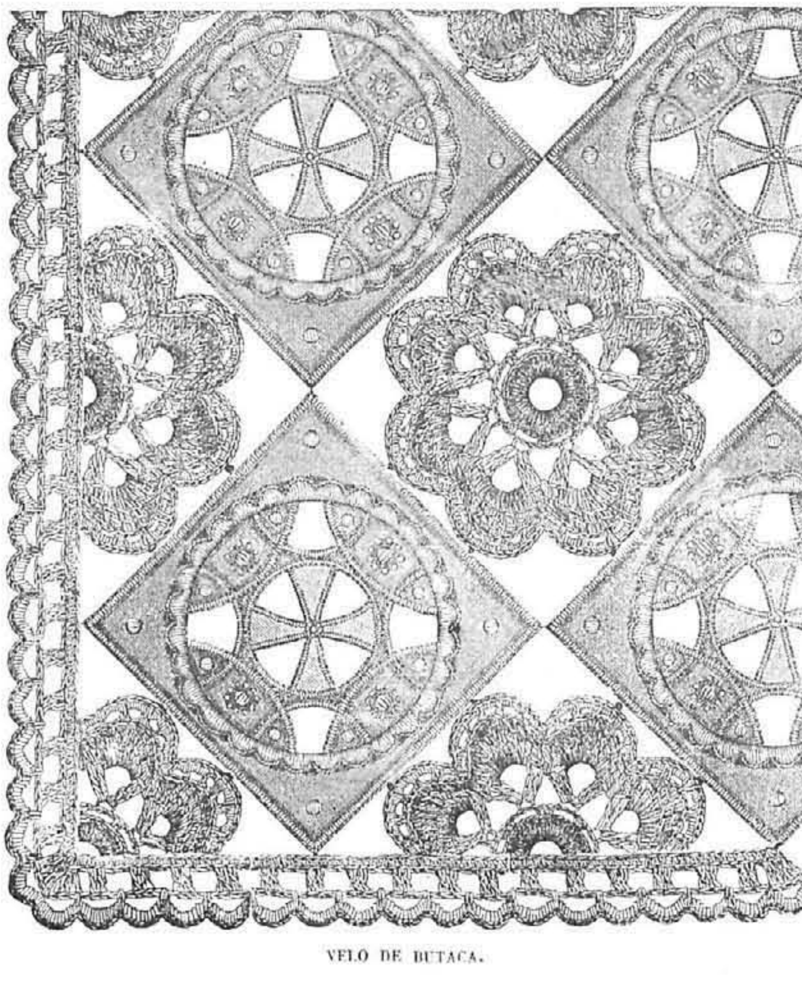
3.ª á 9.ª *vueltas*.—Como la 2.ª

10.ª *vuelta*.—Aquí principia el menguado: con la primera brida se toman á la vez 2 festones de la vuelta anterior (cada uno de ellos compuesto de 3 puntos en el aire), despues se hacen 3 puntos en el aire,—otra brida en el mismo sitio que la anterior; este menguado se repite en cada segunda vuelta, esto es, entre 2 vueltas con menguado se hace una sin él.—Despues de 5 vueltas con menguado, se hacen 2 sin él entre las vueltas que lo llevan, hasta que se haya menguado 8 veces,—despues 3 vueltas sin menguado para terminar la parte que cubre al brazo.

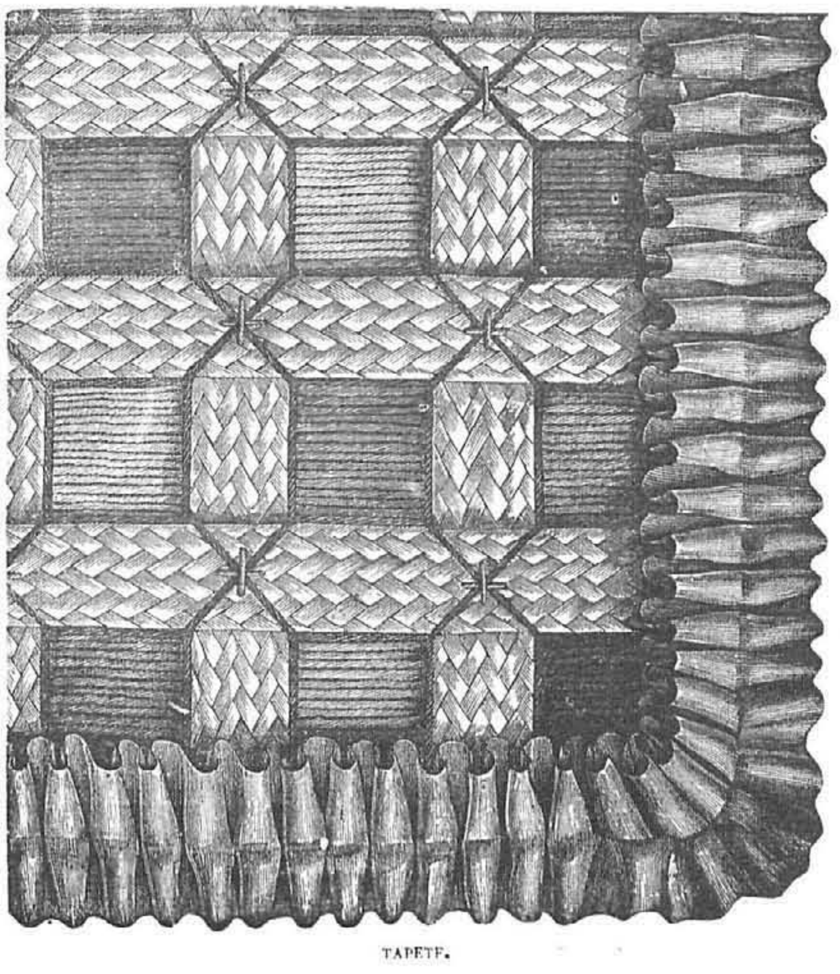
Se hace en seguida una vuelta igual á la 1.ª, esto es, con bridas dobles, en las cuales se pasa despues un cordon que aprieta el miton.

1.ª á 6.ª *vueltas* de la mano. — Como la 2.ª del brazo.

7.ª *vuelta*.—Cuando se ha hecho la mitad de ella, se llega al lado opuesto al menguado, y se procede al crecido, colocando una brida,—3 puntos en el aire,—una brida entre 2 no separadas por puntos en el aire; se repite este crecido en esta misma vuelta, despues de haber hecho 4 veces seguidas: una brida,—3 puntos en el aire,—una brida, — se crece del mismo modo en cada 4.ª vuelta, pero aumentando cada vez el espacio comprendido entre los crecidos con dos festones compuestos de pun-



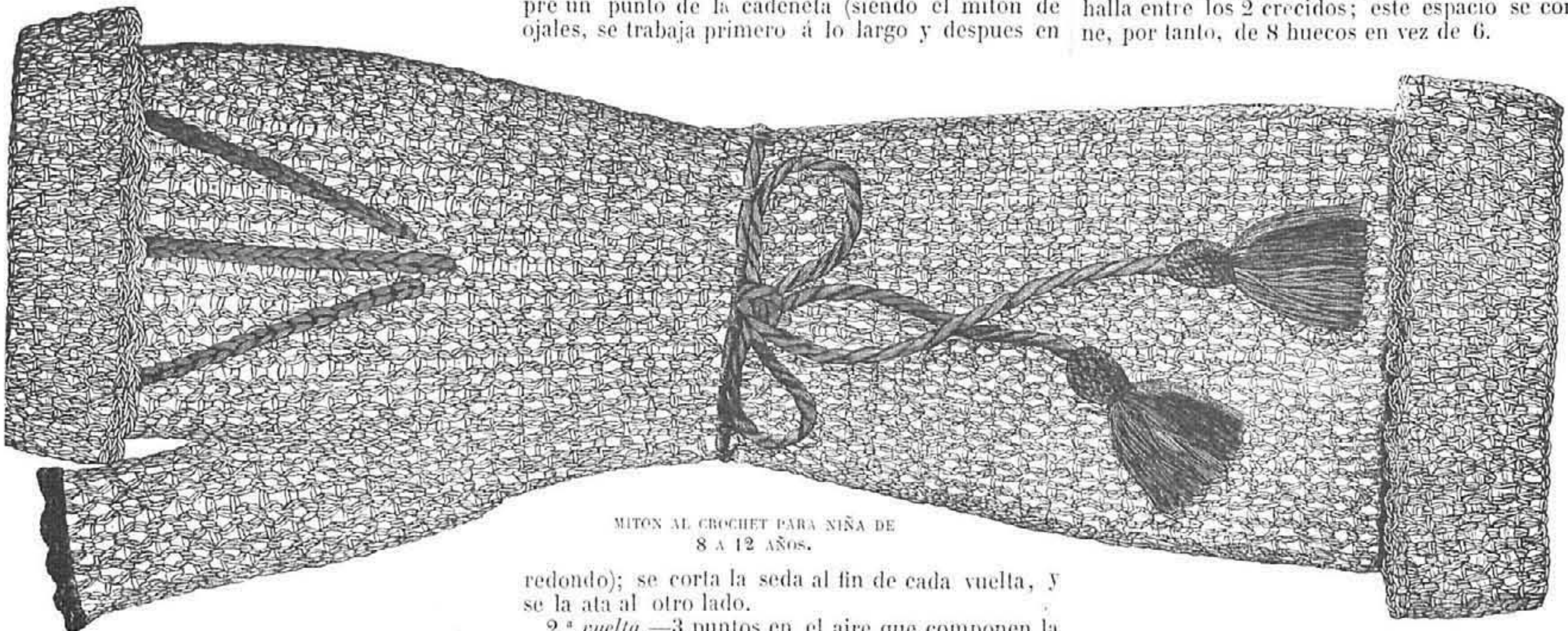
VELO DE BUTACA.



TAPETE.

© Biblioteca Nacional de España

tos en el aire, á fin de que los crecidos formen líneas al sesgo. Despues de haber crecido 4 veces de este modo, se hacen, desde el último crecido, 14 puntos-cadenetas, y se coloca la brida siguiente en el primer crecido de la última vuelta; así se ha formado la abertura del pulgar, que se hace en re-

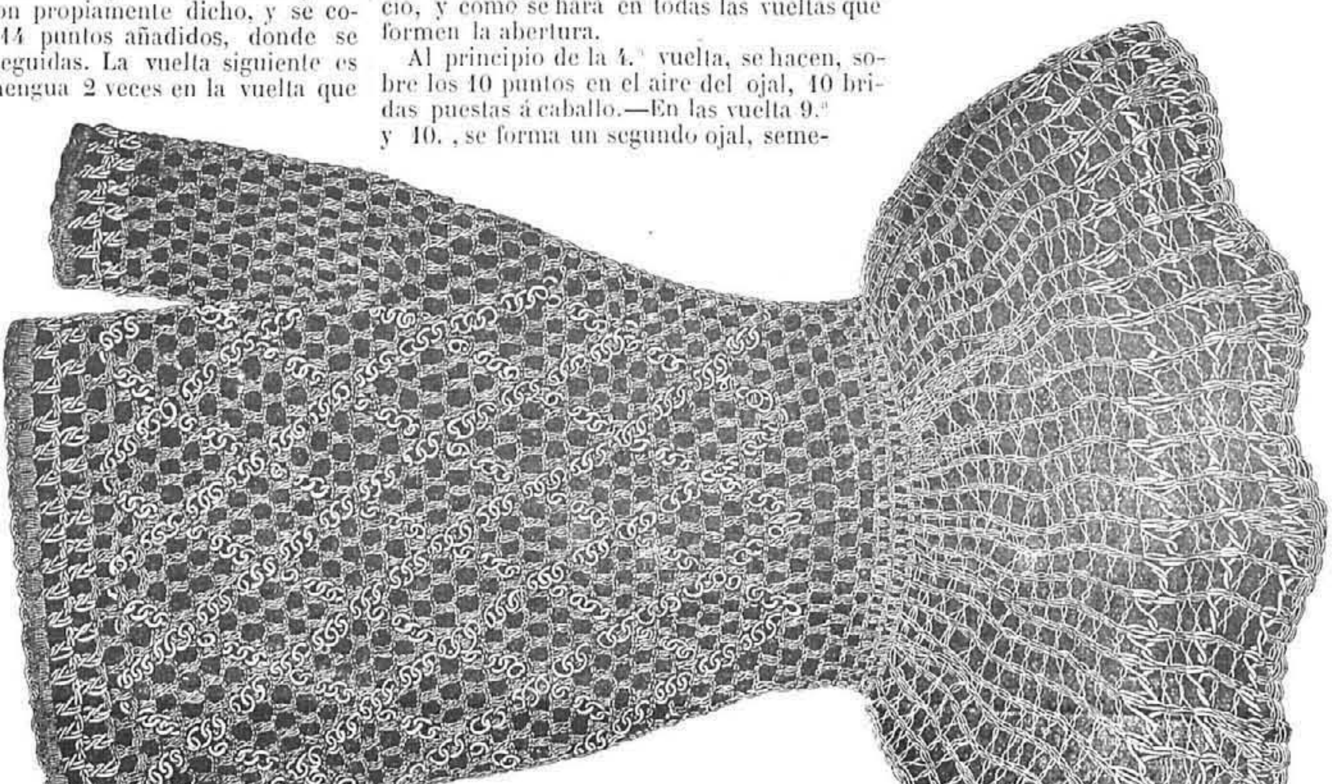


MITON AL CROCHET PARA NIÑA DE 8 Á 12 AÑOS.

dondo, y en el interior de la cual se mengua una vez en cada vuelta (sobre los 14 puntos añadidos); este menguado se ejecuta como el del brazo; se le continúa hasta que la vuelta tenga 50 puntos; se hacen en seguida algunas vueltas sin menguado; cuando se cuentan 11 vueltas para el pulgar, se toma la seda encarnada, y se hace un punto sencillo entre dos bridas de la vuelta anterior, no separadas por puntos en el aire; * 5 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 3 puntos de la vuelta anterior, —un punto sencillo entre las 2 bridas siguientes; se vuelve á empezar desde *. Con las 2 ó 3 últimas vueltas del pulgar, se forma un doblez, que se asegura con algunos puntos.

Se vuelve á atar la seda negra á la abertura grande, esto es, al miton propiamente dicho, y se comienza sobre los 14 puntos añadidos, donde se menguan 3 veces seguidas. La vuelta siguiente es sin menguado; se mengua 2 veces en la vuelta que viene despues de esta, pero poniendo un feston de punto en el aire, y 2 bridas entre los menguados.—Se hacen en seguida 15 vueltas sin menguado,—despues una vuelta con seda encarnada, como en el pulgar; se redoblan 6 vueltas hácia atrás para formar un doblez, que se asegura con algunos puntos.

En el brazo se forma tambien otro doblez, y para ello se hacen, en la 1.ª vuelta de la parte del brazo, 7 vueltas con seda negra.—1 con seda encarnada como en el pulgar y la mano; 3 rayas, hechas á punto de cadeneta con una aguja ensartada con seda encarnada, señalan la parte de encima de la mano. Se pasa un cordon de seda encarnada, terminado por borlas, en la vuelta compuesta de bridas dobles; para hacer estas borlas, se toma un pedazo de carton de 3 centímetros de ancho, se le rodea 50 ó 60 veces con seda encarnada, y cortándola por un estremo, se forma la borla. La cabeza de ella se cubre con un enrejado ó con puntos en el aire.



MITON PARA SEÑORA.

Miton para señora.

CROCHET Y PUNTO DE AGUJA.

MATERIALES.—Para un par de mitones, 16 gramos de la seda mas fina de coser, color gris; una madeja del torzal mas fino blanco de seda.

El miton se hace al crochet; el vuelo que lo termina se labra á punto de aguja. Se toma la seda gris, y se forma una cadeneta de 157 puntos, sobre la cual se vuelve haciendo alternativamente una brida,—un punto en el aire; bajo este se pasa siempre un punto de la cadeneta (siendo el miton de ojales, se trabaja primero á lo largo y despues en redondo); se corta la seda al fin de cada vuelta, y se la ata al otro lado.

2.ª *vuelta*.—3 puntos en el aire que componen la primera brida,—un punto en el aire,—una brida,—, así sucesivamente, colocando siempre las bridas sobre los puntos en el aire de la vuelta anterior.

3.ª *vuelta*.—Aquí principia el dibujo, que se compone alternativamente de 5 puntos en el aire,—una brida. Al principio de esta vuelta se hacen 5 bridas, despues para el ojal 10 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 4 bridas separadas por puntos en el aire, pertenecientes á la la vuelta anterior; una brida sobre el punto en el aire siguiente,—despues, alternando, 5 puntos en el aire, bajo los cuales se pasan 2 bridas separadas por un punto en el aire de la vuelta anterior,—una brida,—y así se continúa; al fin de la vuelta, se hacen 5 bridas para el borde de la abertura, como se ha hecho al principio, y como se hará en todas las vueltas que formen la abertura.

Al principio de la 4.ª vuelta, se hacen, sobre los 10 puntos en el aire del ojal, 10 bridas puestas á caballo.—En las vuelta 9.ª y 10., se forma un segundo ojal, semejante al de las vueltas 3.ª y 4.ª.—Con la vuelta 12.ª comienza el crecido para el pulgar; en cada uno de los 5 primeros vacíos, se hace una brida separada de la siguiente por 5 punto en el aire;—en el 6.º vacío, se hacen 2 bridas separadas por 5 puntos en el aire;—en seguida, en cada uno de los 5 vacíos siguientes, una brida separada de la que le sigue por 5 puntos en el aire;—despues en el otro vacío, 2 bridas separadas por 5 puntos en el aire. El resto de la vuelta es sin crecido; despues de haber hecho las bridas compactas para el borde de la abertura, se continúa sin cortar la seda, se hacen 5 bridas sobre las 5 que comienzan la vuelta 11.ª, y en adelante se trabaja en redondo puesto que la abertura se ha cerrado.

13.ª *vuelta*.—Sin crecido: al fin de ella, para terminar el borde compacto de la abertura, se hace una brida, sobre las 4 del medio de las 10.

14.ª *vuelta*.—Se crece 2 veces como en la vuelta 13., pero alargando en 2 huecos el espacio que se halla entre los 2 crecidos; este espacio se compone, por tanto, de 8 huecos en vez de 6.

Así se continúa, haciendo una vuelta con crecido y otra sin él; al terminar la 24.ª, se ha crecido 7 veces, y hay 18 huecos entre los dos crecidos.

25.ª *vuelta*.—Sin crecido.

26.ª *vuelta*.—Sin crecido hasta el hueco que precede al 2.º crecido; aquí se hacen 15 puntos en el aire,—una brida en el hueco anterior al primer crecido de la penúltima vuelta; así se ha formado el contorno del pulgar, que se continúa como sigue:

1.ª *vuelta*.—En cada vacío de la vuelta anterior, una brida, separada de la siguiente por 5 puntos en el aire,—despues, sobre los 15 puntos en el aire añadidos, 3 bridas,—entre cada una, 5 puntos en el aire;—esta vuelta contiene 23 huecos.

2.ª á 6.ª *vueltas*.—De cada lado de los 3 huecos formados sobre los puntos añadidos, se han menguado, haciendo, en dos huecos colocados uno junto á otro, 2 bridas, no separadas por puntos en el aire;—en la vuelta siguiente se hacen 5 puntos en el aire encima de estas 3 bridas. En la 6.ª vuelta se hacen 3 bridas no separadas por puntos en el aire; la brida del medio se halla colocada en el único vacío que se encuentra entre los dos menguados de la 5.ª vuelta.

7.ª *vuelta*.—En cada vacío de la vuelta anterior, una brida; entre cada brida, 5 puntos en el aire; encima de las 3 bridas colocadas unas junto á otras, 5 puntos en el aire: esta vuelta tiene 16 huecos.

8.ª á 12.ª *vueltas*.—Sin menguado.

Las vueltas 13.ª y 14.ª se forman con seda blanca; en lugar de 5 puntos en el aire, se hacen 3.

15.ª *vuelta*.—Seda gris. Se termina el pulgar, haciendo cada vez 7 bridas sobre los 3 puntos en el aire.

Se continúa el miton; se ata la seda gris al último punto de la 26.ª vuelta,—á la extremidad de la punta del pulgar,—y se trabaja en redondo; en las 2 ó 3 vueltas siguientes, se mengua en los puntos añadidos del pulgar para formar una punta peque-

© Biblioteca Nacional de España

ñ a,—despues se continúa sin mengar hasta el fin de la vuelta 37.ª

38.ª y 39.ª *vueltas.*—Seda blanca. Como las vueltas 13.ª y 14.ª del *pulgar.*

40.ª y *última vuelta.*—Seda gris. Como la última del pulgar.

La parte de encima del miton está adornado con un enrejado, para el cual se hace, con seda blanca, una cadeneta muy floja, que se pasa en los puntos del mismo.

Vuelo del miton.—Se hace á lo largo, de punto de aguja, de ida y vuelta, y con seda gris; se arman 264 puntos.

1.ª *vuelta.*—3 menguados al reves (cada menguado se compone de 2 puntos cogidos juntos); * un echado,—× se á empezar 4 veces desde ×,—menguado al revés,—un punto al revés,—menguado al reves. Vuélvase á empezar desde * hasta el fin.

6. *vuelta.*—La misma seda, lisa; al derecho.

7.ª *vuelta.*—Un punto al revés,—* un echado,—× menguado al revés,—un echado; vuélvase á empezar 4 veces desde ×, menguado al revés,—otro menguado; vuélvase á empezar desde * hasta el fin.

Todas las demás vueltas se hacen con seda gris, y alternando una vuelta con dibujo,—una vuelta lisa, al derecho.

17.ª á 20.ª *vueltas.*—Como las 15.ª y 16.ª alternativamente.

21.ª á 26.ª *vueltas.*—Como las 9.ª y 10.ª

27.ª á 32.ª *vueltas.*—Como las 15.ª y 16ª.

Se desmonta, apretando cuanto sea posible; se frunce el encage, y se cose en su sitio; frente á los ojales se ponen dos botones de nácar.

Explicacion del figurin iluminado de caballeros.

1.º *Vestido de calle.*—Sombrero gris acero, con el borde algo levantado por los lados. Sobretodo tórtola oscuro, cuyo cuello, muy bajo por el pié, es un poco mas ancho en su caida; la solapa que vuelve mucho, se forra de seda de color semejante: el talle está bien marcado, aunque no oprimido, y se prolonga 6 centímetros por bajo de su largo natural; el faldon es semi-largo, de mediana amplitud, y la manga, ancha por arriba y por el codo, se termina por abajo en una vuelta algo ancha, que sigue el corte cónico de la manga. Frac negro; cuya solapa de mediana anchura, vuelve hasta el cuarto ojal de los cinco que adornan el delantero. Chaleco blanco con cuello derecho. Corbata azul. Camisa con cuello derecho. Guantes gris acero. Pantalon ancho de coti blanco.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

EQUIPO DE VIAGE Y DE CAMPO.—Trage de alpaca gris plateado, orlado por una tira de la misma tela, pero de color mas oscuro. Un bordado de trencilla negra se coloca en parte sobre la tira y en parte sobre el trage. Gaban corto igual al trage, así en tela como en guarnicion. Sombrero batelera, de crin negra, adornado con una gran pluma negra y una plumita blanca.

TRAGE DE GRANADINA NEGRA, adornado con 5 volantes, sobre los que corre un escarolado de tafetan negro. Corpiño semi-escotado, con cinturon largo, de cinta de tafetan negro; lo alto del corpiño está orlado por una cinta negra, que forma un lazo por delante. Camisolin de entredos de tul negro y encage negro, terminado por un rizado de encage negro. Mangas semi-anchas, forradas de tafetan negro; por delante están guarnecidas por 8 bullones de 10 centímetros de ancho.

menguado al revés,—un echado; vuélvase á empezar 4 veces desde ×,—7 menguados al revés. Vuélvase á comenzar desde * hasta el fin de la vuelta.

2.ª *vuelta.*—Lisa al derecho; cada echado se cuenta por un punto; por consiguiente se hace.

3.ª *vuelta.*—Seda blanca. Menguado al revés,—un punto al revés,—* un echado,—× menguado al revés,—un echado; vuélvase á empezar 4 veces desde ×,—4 menguados seguidos al revés. Vuélvase á comenzar desde * hasta el fin de la vuelta.

4.ª *vuelta.*—La misma seda, lisa; al derecho.

5.ª *vuelta.*—Seda gris; menguado al revés, —un echado,—× menguado al revés,—un echado; vuélvase á empezar 4 veces desde ×, menguado al revés,—otro menguado; vuélvase á empezar desde * hasta el fin.

8.ª *vuelta.*—Como la 6.ª

9.ª *vuelta.*—Seda blanca; un punto al revés,—* un echado,—× menguado al revés,—un echado; vuélvase á comenzar 4 veces desde ×—3 puntos cogidos juntos al revés. Vuélvase á comenzar desde *.

10.ª *vuelta.*—Como la 4.ª

11.ª á 14.ª *vueltas.*—Seda gris. Se hacen alternativamente como las 9.ª y 10.ª

15.ª *vuelta.*—Seda blanca. * Menguado al revés,—un echado. Vuélvase á *.

16.ª *vuelta.*—La misma seda, lisa; al derecho.

© Biblioteca Nacional de España

botin de lo mismo, perfectamente ajustado á un zapato de charol.

2.° *Idem.*—Sombrero gris acero bajo, combado, con borde plano adornado de galon negro. Chaquet negro de forma Dorsay, cuyo cuello es muy estrecho, la solapa mediana, el delantero recto y abotonado; el faldon sigue en su borde la curva del delantero; detrás del último ojal se practica una faltriquera con abertura transversal; la manga es como la anterior, pero la vuelta es de mediano ancho. Chaleco de chal, hecho de tela color gris rosado. Camisa con cuello derecho. Guantes del color del chaleco. Pantalon ancho gris rosado con anchas rayas verticales.

3.° *Idem.*—Sombrero de forma recta, con el borde algo levantado por los lados. Paletot-chaquet de *color castaño oscuro*; el cuello muy bajo, la espalda de talle largo y ancho, sin costura en el medio: el cuerpo del paletot bien ceñido al talle, que él prolonga de 6 á 8 centímetros; el faldon corto, plano; la manga, ancha por arriba y por el codo, termina sin figurar vuelta. Corbata azul. Camisa con cuello derecho. Pantalon ancho, gris azulado, con cuadros grandes formados por filetes negros.

A mi querida prima Luisa.

Niña, de azul mirada
y áureo cabello,
de frente nacarada
y ebúrneo cuello....
¿por qué suspiras,
si, en el estío, lánguidas
las flores miras?

Yo tengo una azucena
de blanca aureola,
que alza en floresta amena
gentil corola;
dulce tesoro
que ofrece en níveos cálices
rocío de oro.

Y un mirto, entre la alfombra
de mis jardines,
tambien crece, á la sombra
de los jazmines.
Y en su espesura
recoge dulces hálitos
la brisa pura.

Cuando hácia el mar desciende
la luz del dia
y opacos velos tiende
la noche umbría,
son mis dos flores
objetos melancólicos
de mis amores.

Del nácar y esmeraldas
de su follage
enlazo dos guirnaldas
de verde encage.
¡De amor deshecho
con mil suspiros riégalas
mi tierno pecho!...

Niña, de azul mirada
y áureo cabello,
de frente nacarada
y ebúrneo cuello....
¿quieres mis flores
bañadas con el bálsamo
de mis amores?

Tú, la de azules ojos,
abre el balcon
y escucha sin enojos
mi amante son.

Madrid 8 de agosto 1862.

Eusebio Martinez de Velasco.

—10—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

—Se lo he preguntado al doctor Antonio, y me ha dicho que todavía no.

—El doctor Antonio es de una lentitud abominable, exclamó sir John.

—Ya sabeis que los italianos tienen un proverbio que dice: «Chi va piano va sano, chi va sano va lontano», repuso alegremente miss Davenne. Me quedaré aquí haciendo reflexiones. Buen paseo, papá.

El mar, el cielo, las montañas, todo sonreia en las inmediaciones, y una suave brisa templaba el ardor del sol.

Sir John, disfrutando de aquel aire puro, seguia tranquilamente el camino de Bordighera. Un sentimiento de bienestar físico se habia apoderado de toda su persona, y bajo esa influencia todos los buenos instintos de su naturaleza se despertaban en él. Se hallaba tan á gusto, que si le hubieran dicho que especificara sus quejas contra el doctor Antonio (molinos de vientos que la víspera habia tomado por gigantes), le habria costado mucho trabajo hacerlo. Hasta podemos afirmar que hubo un instante en que Sir John habria querido no haber enviado á Niza á su criado, ó que este se volviese *solo*.

Pero ese buen humor no duró mucho. Por la misma razon de que sir John era muy orgulloso, tenia tambien una naturaleza muy dispuesta á recibir una impresion desagradable por la mas mínima cosa. Esta vez le vino á dar esa mala impresion un vigoroso aldeano de fisonomía franca y abierta.

Sir John habia encontrado ya muchos aldeanos, que todos al pasar habian echado mano á su sombrero, lo que segun las ideas del baron, era un deber para ellos. La noticia de la desgracia que habian tenido el baron y su hija, la descripcion hecha por Rosa y Speranza de la sorprendente hermosura y angélica suavidad de Lucy, habian despertado en el contorno una gran simpatía en favor de los extranjeros.

Este sentimiento habian querido demostrar quitándose el sombrero los aldeanos que habian encontrado á sir John aquella mañana: pero el robusto labrador á que aludimos no era hombre que se contentara con una pantomima silenciosa. Se llegó al baron y le dirijió algunas frases que terminó con una tentativa de apreton de manos, familiaridad que horrorizaba á sir John en las elecciones y en los regocijos públicos en Inglaterra, y que se hallaba muy poco dispuesto á tolerar en un camino público de Italia.

El aldeano, cuyas protestas de interés y buena voluntad se hallaban manifestadas en un dialecto ininteligible para el baron, se hallaba muy lejos de pensar en la ofensa que le hacia, cuando vió al inglés que de repente le volvió la espalda y tomó el camino de la posada, donde entró muy enfadado.

V.

BATALLA EN REGLA.

No hacia mucho tiempo que sir John estaba en su *cuarto, cuando el ruido de un coche que se acercaba* le hizo saltar y correr al balcon. Era su propia berlina que acababa de detenerse á la puerta exterior, y de la cual vió que se apeaba un hombre grueso y rechoncho que el criado John guió luego por el jardin.

Sir John se apresuró á ir á cerrar la puerta que separaba el cuarto de Hutschin de la sala, y en seguida volvió á su observatorio, á tiempo todavía para ver al recien llegado que se detenia al pié de la escalera, se quitaba el sombrero, sacaba de su bolsillo un pañuelo blanco como la nieve, enjugaba lentamente su calva que relucia al sol como una bola de oro, examinaba todo cuanto podia ver de su persona y por último, despues de sacudirse el polvo de sus botas de charol, subia la escalera con paso resuelto.

—Es el facultativo, murmuró el baron cuando hubo visto de cerca el ancho semblante inglés del personaje recien afeitado, y su trage negro de rigor con la indispensable corbata blanca.

El corazon de sir John latió de júbilo.

La recepcion que hizo al médico fué tan cordial como lo permitian su carácter y sus hábitos. Le alargó el índice como para darle el parabien porque habia llegado, y hasta murmuró algunas excusas por el trastorno que le causaba.

El doctor inglés recibió con mucha deferencia el dedo que le ofrecia sir John, y le imprimió una ligera presion profesional como si le tomara el pulso.

En seguida el doctor Yorke (tal era el nombre del facultativo), con la sangre fria de un hombre acostumbrado á rozarse con personas de todas las clases y de todos los paises, y á descubrir, mediante una mirada, el flaco de las gentes así como su enfermedad ordinaria, principió por suplicar á sir John que no hablara de que le habia incomodado; sus servicios estaban á la órdenes de los enfermos en general, y su deber le mandaba estar siempre dispuesto para todo lo que ocurriera. En el caso presente, toda incomodidad personal se hallaba mas que compensada para él con la honra de conocer á sir John Davenne (aquí los dos interlocutores se inclinaron), y con la satisfaccion de que quizá podria ser útil á miss Davenne en la desgracia que habia tenido, como le habia contado el criado.

Todo esto entraba de lleno en las ideas sociales de sir John, y el alivio que experimentó al oir al doctor Yorke no podria compararse sino al que siente un hombre que está para morir ahogado y se salva.

Durante la pausa que hizo el doctor rechoncho para cobrar aliento, sir John pudo bendecir la buena fortuna que le habia enviado un hombre tan bien educado. Por fin, concluidos todos los preliminares, los dos ingleses se sentaron, y sir John principió la larga relacion de sus desgracias: el embarque de Civitta-Vecchia, los horrores de la tempestad, el desembarco en Spezia y el viaje por tierra hasta la famosa catástrofe del coche volcado.

Al oir á sir John se habria dicho que el Mediterráneo habia guardado para él la mas terrible de sus tempestades: pero no acusó á nadie hasta que llegó al infeliz postillon. Entonces olvidando su magnanimidad de por la mañana, declaró que estaba persuadido de que el vuelco del coche era un acto premeditado, una tentativa evidente de asesinato.

—No me pregunteis sus motivos, añadió sir John exaltándose, yo los ignoro, pero habia premeditacion positiva, y la prueba está en la indiferencia del infame cuando habia ocurrido la desgracia. ¿Alzó siquiera un dedo para socorrernos?—No, señor; se quedó tan impasible como sus caballos.—Me equivoco, los pobres caballos temblaban de susto.

Sir John contó despues la llegada del doctor Antonio, que cayó sobre ellos como una bomba.

—*¡Qué figura para un médico! exclamó sir John; con* una barba como un gastador francés, y un sombrero puntiagudo como un capitan de bandoleros de melodrama.

La atencion que prestaba el doctor Yorke se aumentó en aquel instante, y una sonrisa asomó á sus labios. ¿Era una felicitacion al narrador ó alguna idea original de su propio cerebro?—Lo ignoramos.

—Ese doctor Antonio, si es que así se llama, se anuncia como médico, y sin ninguna ceremonia cae sobre mi hija, se pone á examinarla el pié, declara que no hay mas que una torcedura, y sin consultar á nadie, la manda trasladar aquí. Pero no es todo aun, continuó sir John con un énfasis muy significativo. Yo le manifiesto naturalmente mi intencion de continuar mi viaje á Niza al cabo de algunas horas de reposo.—¡Horas, decis! exclama el individuo clavándome los ojos, ¡si dijérais semanas!... —Y al protestar yo contra esa detencion, el oráculo me dice claramente que mi hija no puede ser trasportada antes de cuarenta dias. ¡Cuarenta dias! Decirlo es fácil, pero no lo es tanto vivir hasta entonces en un sitio como este; sin hablar de mi hijo el capitan Davenne que debe llegar á Lóndres á fines de este mes al cabo de una ausencia de diez años.

—¡Qué contratiempo! exclamó el doctor Yorke.

—Ciertamente; pero os pregunto á vos, doctor...

—Yorke, dijo el médico.

Os pregunto á vos, doctor Yorke, en vuestra calidad de miembro *distinguido del cuerpo medical (saludo* del doctor Yorke), ¿es posible que una simple torcedura pueda impedir á una persona durante cuarenta dias el viajar en un coche suave y cómodo?

El doctor Yorke, directamente interpelado de este modo, sacó del bolsillo de su chaleco una caja de tabaco en cuya tapa de oro habia grabada una inscripcion, pegó los tres golpecitos de rigor en la susodicha caja, la presentó á sir John, que no quiso tomar, sacó él un *polvo de tabaco y respondió, despues de* meditar un segundo, que la cuestion no era tan fácil de resolver como á primera vista parecia. Generalmente hablando, una simple torcedura se curaba en una semana ó dos; pero él habia visto tambien accidentes de la misma naturaleza acompañados de síntomas bastante graves para exigir un reposo absoluto mas largo aun que el que acababa de mencionar el baron, ¿En qué categoría debia figurar le torcedura de miss Davenne? Esto era preciso verlo para decirlo.

—Y no hay resolucion posible, dijo al terminar el doctor Yorke, sin un escrupuloso exámen del pié.

—Eso es, repuso sir John; un exámen escrupuloso hecho por un gentleman de vuestra distincion y de vuestra experiencia, es todo lo que yo puedo desear. Estoy dispuesto á someterme á vuestro fallo.

—Entonces, sir John, no perdamos tiempo, cuanto antes será mejor. ¿Está aquí el doctor italiano?

Sir John respondió negativamente.

—Entonces os suplico que le envieis á buscar al punto, porque su presencia es indispensable.

—Lo siento, doctor Yorke, respondió con timidez el baron, pues el doctor Antonio dijo esta mañana que tenia que hacer una visita lejos de aquí, y que no llegaria antes de la noche.

—Me extraña, exclamó el doctor; sobre todo sabiendo que habiais mandado á buscar un médico á Niza para tener una consulta.

Sir John, mas confuso cada vez, tuvo que confesar que no habia hablado de esta circunstancia al doctor Antonio.

—¡Dios mio! El caso es apurado, exclamó el doctor: ¿no sabeis, querido sir John, que es una regla, una regla fundamental para nosotros los médicos, el no examinar nunca un enfermo sino delante del médico de cabecera? En buena nos hemos metido, añadió interiormente.

—Pero, doctor Yorke, ¿no podeis prescindir en las circunstancias presentes de lo que no es mas que una simple formalidad? observó sir John gravemente: estamos en Italia, no en Inglaterra.

—La regla es aquí la misma, respondió muy sereno el práctico inglés. No es á nuestros ojos una simple formalidad, sino una ley que hemos aceptado entre nosotros á fin de poder prevenir los abusos que resultarian si no hubiese restricciones... ¡Ah! exclamó el doctor Yorke cambiando de tono; ¡qué felicidad! ¡Estábamos deplorando vuestra ausencia!

Estas últimas palabras se dirijian al doctor Antonio que acababa de mostrarse á la puerta del peristilo. El doctor Antonio habia vuelto mas pronto de lo que habia creido, y al pasar á caballo por delante de la posada, habia querido ver si habia sentado bien á la enferma el desayuno.

© Biblioteca Nacional de España

Una expresion de cólera chispeó en los ojos de Antonio, pero no duró mas que un segundo, y al poner el pié en el cuarto ya habia recobrado su serenidad ordinaria.

El doctor Yorke se levantó extendiendo la mano para recibir á su colega. Sir John experimentó entonces una sorpresa desagradable al ver que los dos médicos se conocian y parecian estar en buenas relaciones, como lo estaban efectivamente. Se habian conocido en la época del cólera en Niza, y repetidas veces se habian hallado juntos á la cabecera de muchos coléricos.

—¿Cómo estais de salud, mi querido amigo, preguntó con alegría Antonio; cuánto celebro poder estrecharos la mano; ¿habeis venido á ver la enferma?... Vamos á su aposento.

—He venido, dijo el doctor Yorke, deseoso de establecer francamente su posicion, por mandado expreso de sir John Davenne para tener una consulta relativa á miss Davenne con el médico de miss Davenne, es decir, con vos, amigo mio. Cuando un enfermo está en tan buenas manos, reconozco al instante mi inutilidad. Sin embargo, si no teneis inconveniente...

—Ninguno, dijo el doctor Antonio cortando la frase. En todo tiempo ha sido una honra para mí el someter mis disposiciones á un juez tan ilustrado y tan competente como vos.

(Se continuará.)

NOVELA.

—9—

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

Al decir esto Roman se detuvo y prestó atencion, porque le pareció haber escuchado á lo lejos un silbido.

—No hay duda, será él, será el tio Geromo, murmuró con profunda emocion; será él y si me aconseja que cometa un crímen... oh! entonces... que el cielo se compadezca de mí!

En esto resonó mas cerca un segundo silbido y Roman volvió á precipitarse hácia la puerta.

Por aquí, muchachos, por aquí, dijo á la sazon el tio Geromo que sin duda estaba ya inmediato á la casa.

—No viene solo, pensó Roman sin ver aun á los que se acercaban; veamos qué significa todo esto.

Despues de un breve espacio de tiempo, el dueño de la cabaña penetró en ella seguido de una porcion de hombres ágiles y robustos que apoyados en gruesos y nudosos bastones, caminaban despacio y como agobiados por el peso que llevaban sobre sus espaldas.

—Adentro y abajo la carga, exclamó el tio Geromo atracando la puerta y tan pronto como todos hubieron penetrado en su albergue.

Los recienvenidos no aguardaron á que se les diese por segunda vez el consejo que acababan de escuchar. Cada cual arrojó á tierra un fardo que de seguro pesaria como de seis á ocho arrobas. Las frentes de aquellos hombres arrojaban gruesas gotas de sudor.

—Orearse un instante muchachos, dijo el viejo.

Los diez ó doce; que tal seria su número, se acercaron al fuego y bebieron un trago de vino que el tio Geromo les facilitó.

—Para eso habia yo llenado mi bota, dijo el viejo escanciando á su vez el licor que en ella se contenia.

Roman se acercó al grupo y reconoció en aquellos visitantes nocturnos á los leñadores con quienes habia *trabajado alguna vez.*

Despues de haber bebido y descansado un instante, el tio Geromo que los dirijia cojió una luz y se encaminó hácia el boquete de que ya os he hablado al contaros la llegada de Roman.

—Vamos á guardar todo esto, dijo aludiendo á los pesados fardos.

Y cada uno de los recien venidos cojió de nuevo, su carga, colocando sobre su frente y al derredor de sus hombros por debajo de los brazos, dos grandes y fuertes correas.

—Adentro, exclamó Geromo penetrando con la luz en el agujero.

Roman, que lo habia hecho en cierta ocasion, no podia explicarse como tantas personas y tantos bultos iban á caber en un espacio tan reducido.

Aquello no era mas que una especie de cueva que apenas tendria de cinco á seis piés en cuadro.

—Ven, Roman, ven y tráeme la piqueta, gritó desde adentro el tio Geromo.

El hijo de Marta hizo lo que se le mandaba, penetró en el agujero y entregó la piqueta al *licenciado.*

—Alúmbrame, volvió á decir este dándole la tea.

Y acto continuo se inclinó hácia el suelo, metió la piqueta dentro de una argolla de hierro que acababa de endereza, y dando con el único brazo que tenia sano un vigoroso empuje, logró alzar una losa cuadrada que al desviarse dejó entrever la entrada de otra cueva enteramente desconocida para nuestro jóven. Desde la embocadura donde encajaba la losa veiase el arranque de unos cuantos escalones que todos aquellos hombres comenzaron á bajar precedidos por el viejo. Roman los siguió sin hablar palabra y se halló en una espaciosa y lóbrega caverna, donde nada de particular encontró como no fuesen los rastros de algunos asquerosos reptiles que, al sentir ruido y ver luz, se apresuraban á penetrar en sus madrigueras.

El tio Geromo se dirijió á uno de los ángulos del subterráneo y abrió una puerta tosca, pero muy maciza *tras de la cual se descubrió una especie de nicho de* grandes dimensiones, abierto á pico en la roca. Las paredes de este último departamento habian recibido un baño de cal y estaban por lo tanto preservadas de la humedad, sin que en modo alguno pudieran temerse las filtraciones.

—Vamos, muchachos, gritó el tio Geromo; colocad ahí dentro vuestros fardos y hasta el sábado que viene. Digo esto contando con que ninguno de vosotros querrá quedarse á dormir por aquí abajo.

—No, no, respondieron todos á la vez.

—Valientes brutos sois, dijo el *licenciado* sonriéndose y enseñando unos cuantos dientes tan negros como el tabaco que fumaba. Preferireis andar á salto de mata durante una noche como esta, antes que quedaros en este salon donde os harian compañía los lagartos y las culebras. Cuándo digo que sois unos avestruces!

La voz cascada y chillona del tio Geromo, resonaba de una manera sorda y desapacible dentro de aquel antro. La atmósfera sobrecargada y densa era de todo punto inagvantable. Los hombres aquellos, que no estaban para bromas, fueron por lo tanto desfilando uno á uno por delante del viejo y se apresuraron á subir los seis ú ocho escalones, sin proferir una sola palabra.

El tio Geromo se encargó de cerrar la puerta del escondrijo en donde acababan de ser depositados los bultos, y subió en pos de todos encargándose de colocar la losa en su sitio.

Roman estaba ya en el primer departamento de la cabaña y miraba con cierta prevencion todos aquellos trabajos.

Los diez ó doce hombres hicieron circular nuevamente la bota que en este segundo avance quedó completamente vacia. Despues de echar su último trago, dieron las buenas noches y se retiraron. El tio Geromo *cerró la puerta de la cabaña dirijiéndose luego al sitio* en donde estaba Roman.

—Y bien, ¿qué te parece de todo lo que has visto? le preguntó.

—¿Es esta por ventura, dijo el interpelado, la fortuna y el porvenir que V. me prepara?

—Y por qué no? ¿sabes tú de lo que se trata?

—Segun veo, se trata de la introduccion de géneros de ilicito comercio; de eludir la ley, de robar al estado; ¿lo he comprendido?

—Eso, chiquillo, se llama un contrabando, se llama el principio de un buen negocio, de un alijo, ¿entiendes? lo demás son aprensiones tuyas y escrúpulos de monja.

—Pero ¿quiere V. que yo emprenda esa vida y cargue con un fardo de esos para hacerme rico y merecer el amor de Celsa?

—En el mundo, hijo mio, no hay atajo sin trabajo; pero para que veas que mi cariño hácia tí es mas grande de lo que merece tu poca confianza, te diré que no me propongo cargarte de la manera que han venido esas pobres acémilas de dos piés. Tú y yó, comerciaremos mas en grande ¿comprendes? yo soi viejo y no valgo dos cuartos, y tú eres un señorito de aldea que vale mucho ménos. Con que ánimos y prepárate á emprender muy pronto tu viaje á Francia. Allí verás lo que es bueno.

X.

LA TENTACION.

El ciego, que sin duda tenia temor de continuar, volvió á quedar silencioso; pero al fin haciendo un esfuerzo sobre si mismo, trató de cordinar sus ideas y continuó de esta suerte:

—Si me lo permitis, voy á conduciros á la parte allá de los Pirineos. Estamos en un pequeño pueblo del reino vecino, cuyo pueblo se halla situado junto á la carretera que conduce á España. Un año ha trascurrido desde la noche aquella en que el tio Geromo inició al hijo da Marta en los misterios de la *nueva vida que ám*bos debian emprender juntos. Y en ese año Roman ha cambiado de carácter y de condicion; ha procurado lanzar de si á todo trance los últimos restos de su honradez; ha querido acallar los ecos de su conciencia y la voz de sus remordimientos, y en parte lo ha conseguido encalleciendo su corazon y borrando de su mente las afecciones mas caras y mas legítimas. Todo lo ha olvidado, padres, patria y amigos; solo se acuerda de Celsa cuya imágen permanece grabada en su alma con caractéres indelebles.

El tio Geromo ha logrado comunicarle una parte de sus feroces instintos borrando en él todo sentimiento delicado y noble, toda nocion de bondad y justicia.

Los dos se hallan sentados junto á una mesa, dentro de una especie de taberna con honores de fonda y en un departamento donde se hallan ocupadas muchas personas que fuman, beben, charlan y rien. Al través de los vidrios de una ventana se ven caer grandes copos de nieve. Es una tarde lóbrega y triste.

El tio Geromo se entretiene en desocupar un segundo frasco de jinebra que acababa de pedir. Roman le mira silencioso.

—Escúchame muchacho, dice el viejo acentuando sus palabras: déjate de repulgos y vamos al grano. Dentro de poco rato vá á ponerse en camino ese caballero, sin embargo del endiablado tiempo que hace. Ha pedido un guia que sea español y práctico en el terreno que tiene que andar. Ya sabes que quiere ir á Pamplona. Con que ¿quieres que vaya y le ofrezca nuestros servicios?

—Ya he dicho á V. que me importa muy poco el acompañarle, pero...

—Déjate, de peros y vamos al grano. Hace un año que estamos yendo y viniendo á este país. Ninguno de nuestros viajes ha dejado de producirnos una buena ganancia. Tenemos ahorrados algunos miles y este dinero lo acabamos de emplear en nuestra ultima pacotilla. Si ahora la dejamos aquí para acompañar á ese señor, nos esponemos á perderla. Bajo este concepto es menester que te decidas, ¿entiendes? ó errar ó quitar el banco.

—No dice V. que ese hombre ofrece una buena gratificacion al que haya de acompañarle?

—Ya lo creo, como que es un Creso segun yo mismo he podido averiguar. Suponte que viene de las Indias cargado de oro y de letras y de pergaminos. Un criado que le acompañaba y que hace tres ó cuatro horas, marchó á Madrid en busca de un hijo que tiene el susodicho caballero, le daba á este el tratamiento de excelencia y le mimaba y le obedecia con un respeto que no hay mas que decir. Yo me puse á escuchar lo que hablaban y á ver lo que hacian, y te confieso que el corazon me dió un vuelco al ver que se nos proporcionaba un ne*gocio de mas de cinco millones. Abre los ojos, mucha*cho, que yo no no puedo abrir mas que uno.

La fisonomia del tuerto revelaba un sello tal de júbilo y de codicias que Roman, no pudo menos de sentir cierto escalofrio al contemplar á su miserable consejero. Luego murmuró con sordo acento:

—Cinco millones ¡oh! es mucho! es demasiada tentacion!

—Tanta, volvió á decir el viejo que si no fueras un cuadrúpedo me hubieras dicho ya: ea! vamos al negocio y fuera penas y trabajos. Con cinco millones... no sé; con cinco millones y un título de marqués en el bolsillo... ¿Te imaginas que Celsa te diria que *nones*, ni aun siquiera por una sola vez?

—Celsa! Celsa! barbotó Roman apretando los puños y con los ojos chispeantes de amor y de odio; Celsa! ¿Por qué me hablas de ella? ¿Piensas que á pesar de mi calma no existe en mí su memoria lo mismo que el primer dia, en que solo y desesperado, abandoné mi pueblo creyendo que habia dado muerte á mi rival? Porque yo creí que habia caido á mis piés para no volver á levantarse.

—¿Todavía estás en la idea de que Santiago no ha muerto?

—No ha muerto, no; la última vez que estuvimos en Bayona le ví á lo lejos, pero mis ojos no se engañaron. Santiago vive y acaso sea ya el esposo de Celsa.

—Y piensas que con cinco millones no se puede mandar al otro mundo á un marido impertinente?

—Siempre crímenes! siempre asesinatos! volvió á decir el hijo de Marta pasando una mano por su frente que estaba ardiendo á pesar del intenso frio que hacia.

El tio Geromo fijó su mirada en un reloj de pared que

© Biblioteca Nacional de España

habia frente de ellos y dijo con impaciencia:

—Son las cuatro y media; dentro de media hora he quedado en llevar la contestacion. Decide lo que hemos de hacer.

—Y no será mejor acompañarle, grangearnos su voluntad y pedirle un indulto para V. y una colocacion para mí.

—Claro; y trabajarás como un bruto, y yo que no sirvo para nada, me moriré de hambre ó iré á pedirte que me des un pedazo de pan de limosna. Porque nuestros ahorros son pocos y el dinero se vá como el humo. Si en cambio de eso tuviéramos cinco millones con un título de marqués...

La tentacion era fuerte y cada vez que Roman escuchaba las palabras del viejo, sentia penetrar en su corazon, á manera de un dardo emponzoñado, el ansia de acabar de una vez con todas sus vacilaciones.

El tio Geromo conocia el efecto que causaba en el ánimo del jóven y continuaba escitando su codicia:

—Tendriamos un palacio, le dijo; y Celsa que es ambiciosa, que de seguro no se habrá casado por esa misma razon, te amaria como tú á ella, y se casaria contigo y todos viviriamos felices...

Roman le interrumpió preguntándole:

—Y dice V. que ese hombre marchará mañana?...

—Al amanecer.

—Irá solo?

(Se continuará.)

LA RIFA.—DON ALVARO Ó LA FUERZA DEL SINO.

Ha estado llamando por algunos dias la pública atencion la rifa que la Junta de Damas y Expósitos ha promovido y llevado á cabo para los objetos de su instituto. Al efecto se levantó en la plaza de la Constitucion una gran tienda, formada con arcos y lienzos de los que sirvieron en la velada del Córpus, y allí estaban de manifiesto los objetos al efecto donados, bajo la custodia de una juvenil guardia de señoritas; algunas de ellas verificaban el sorteo, ayudadas de galantes jóvenes.

Músicas en la plaza, iluminacion extraordinaria de gas, luz eléctrica, nada en fin se omitió para que en aquellas tardes y en aquellas noches fuese, como lo fué, numerosísima la afluencia de gentes en aquel sitio; la vista de los objetos, que segun tenemos entendido excedió en mucho de mil, inducia á la tentacion, la suerte de los menos excitaba á probar fortuna á los mas, y la cosecha parece que ha sido á pedir de boca.

Nosotros, haciendo cumplida justicia al laudabilísimo celo de las distinguidas Damas que forman la corporacion, nos vemos, sin embargo, en el desagradable caso de no estar absolutamente conformes con el pensamiento de la rifa: tenemos la desgracia de ver esta cuestion de otro modo, y puesto que de ella nos vemos precisados á hablar, lo haremos con la conciencia intima de nuestras convicciones, sin creer por ello que estas se hallen exentas de error.

Principiaremos por decir que estamos acordes en un todo con lo que respecto á este punto manifiesta un excelente artículo, que se insertó pocos dias ha en el periódico El Comercio: aquellas razones eran las mismas nuestras, y habremos por fuerza de repetirlas, por mas que ellas hayan de perder en nuestra pluma.

En efecto, y aun dando de barato que las atenciones de los establecimientos que pertenecen á la beneficencia provincial no estuviesen cubiertas, aun suponiendo que debiesen crearse otros nuevos para los que fuese preciso arbitrar recursos extraordinarios, ¿qué razon hay para que Cádiz, y no la provincia entera, sea quien para ello exclusivamente contribuya, y eso por tantos conceptos diferentes?

Los efectos cedidos para la rifa, Cádiz los ha suministrado; Cádiz es quien ha espendido considerables sumas en la adquisicion de papeletas; á pagar los veinte reales de entrada en el baile no han venido expresamente los vecinos de Algeciras, ni de Olvera, ni de Sanlúcar, ni de Medina, ni de Jerez, ni de otro punto alguno de la provincia; luego Cádiz, además de lo que le corresponderia en la derrama provincial, ha pagado por tres conceptos mas una respetabilisima suma. Para esto, francamente, no vemos razon plausible.

Todavía hallamos menos aceptable el que estos fondos se levanten por medio de rifas. Una rifa es un juego de azar, mucho mas tentador y por tanto mucho mas oneroso que lo era la lotería antigua, porque los objetos que se pueden adquirir por aquel medio se vienen á los ojos entre el fascinador reflejo de las arañas; porque allí el sorteo es, puede decirse, una cuestion palpitante; porque son las bellas manos de una jóven las que distribuyen las suertes; porque ante un público femenino de la especie de aquel, nadie quiere ser menos, y se vá casi siempre mas allá de lo que se quiere, y hasta mas allá de lo que se puede.

Las gentes del pueblo, la clase pobre, en cuyo número se cuentan los muchos que aun lloran el mortal síncope en que yace la lotería vieja, era á la que con mas ardor se la veia lanzarse á aquellos nuevos y enrollados pagarés, y lamer con paciente perseverancia la goma que los cerraba, haciendo exclamaciones de dolor al ver que despues de tantas lameduras buscaba en vano un número perdido en la dilucion homeopática de los cilindros. Estos extremos de sentimiento eran hasta cierto punto disculpables; porque para comprar una esperanza, por lo general ilusoria, habian aquellas gentes consumido sus ahorros, de los que se pensaban utilizar, bien para cubrir sus deudas, bien para divertirse en los toros del Puerto, ó, mejor cien veces que esto, para imponerlos en la caja, donde conservarian el capital con ganancia de intereses.

Al pobre que en tal juego gasta su dinero, no se lo agradecen, como suele decirse, ni Dios ni el mundo, porque á ello no le mueve el sentimiento de la caridad, que es quien hace santa la limosna, sino el propio interés, que es el gran móvil de nuestro siglo.

Con limosnas se han alzado esos suntuosos edificios consagrados al culto, esos magnificos establemientos para albergar á los enfermos y á los desvalidos, pero eran verdaderas limosnas, y no habia tras de ellas el aliciente de adquirir una alhaja ó una baratija de mas ó menos precio; y eso dejando á un lado lo que en todo ello puede haber de compromiso social, en cuyo caso, no entrando por nada la espontaneidad, el mérito es nulo.

Hemos formulado estas ideas, protestando de nuevo que reconocemos, como todo Cádiz reconoce, el celo, la abnegacion, los servicios importantísimos que presta la ilustre Junta de Damas, cuyo pensamiento en esta ocasion, aun dado caso de que no haya sido el mas conveniente, es siempre en extremo laudable.

Pasando de aquí á otro punto, diremos que la gran novedad teatral de los dias que comprende nuestra revista ha sido el drama *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, original de nuestro respetabilisimo amigo y eminente poeta el Excmo. Sr. Duque de Rivas.

Hemos calificado á este drama de novedad teatral, no porque en la verdadera acepcion de la palabra lo sea, sino porque habia largo tiempo que no lo oiamos en Cadiz, y porque mediando la feliz circunstancia de encontrarse aquí su ilustre autor, este, en union con el Sr. Arjona, habia dirigido la ejecucion de su obra, vivificándola, por decirlo así, con la fuerza del pensamiento que la creó. Además, una produccion tan rica en bellezas, siempre es jóven; siempre parece nueva.

Don Alvaro inauguró en España una escuela dramática, que en nuestro concepto pudo ser muy fecunda; pero *Don Alvaro* no ha tenido imitadores, lo cual lo consideramos un mal para nuestra literatura. El Sr. Duque de Rivas enseñó un camino por el cual podia darse interés al drama moderno, y este camino no se ha seguido; nuestros dramas modernos, fuera de muy honrosas excepciones, carecen por lo general de interés: para hallarlo es preciso irlo á buscar las mas veces fuera de nuestro repertorio. Nuestros dramáticos son poco afectos á bajar á la tierra; andan por lo comun en zancos. ¿No podrian sacar, como se ha hecho hasta aquí, gran partido de los contrastes que la sociedad ofrece? Despues de aquella popular escena de la tertulia del aguaducho de Sevilla, pintada con tan admirable tinta local, y en la que parece hasta respirarse el ambiente del Guadalquivir, ¿no se entona, por decirlo así, con mayor vigor la escena terrible de la quinta del marqués? Las alegres castañuelas, el gazpacho tradicional y las festivas travesuras del estudiante en la posada de Hornachuelos, ¿no hacen destacar con mayor energía las sombrías tintas del convento de los Angeles, donde la penitente Leonor viene á pedir en vida una tumba entre las asperezas de aquel yermo? La alegría junto al dolor; la vida junto á la muerte: tal es el mundo. ¿Por qué no se le pinta así, como el Duque de Rivas lo ha pintado?

La fábula siempre camina rectamente á su fin: allí no hay nada inútil, nada episódico.

Nada diremos de sus magníficos versos. España entera los sabe de memoria; pero el autor ha tenido el buen juicio de no abusar de esta gala, como muchos abusan. El oido necesita tambien descanso: una ópera en la que no hubiese recitado, y en que todo en ella fueran árias, duos y piezas concertantes, probablemente seria inaguantable, por excelente que fuera su música.

Del giro que el autor ha dado á la catástrofe, nada diremos, porque el mal, si en efecto hay mal en ello, está en la época en que se escribió el drama. Lo terrorífico estaba de moda; la escena francesa única entónces, aspiraba á conmover los nervios tanto como el corazon; la impetuosa corriente del gusto público lo arrollaba todo, y era fuerza ceder á la corriente, so pena de no hacer efecto en los espectadores.

El drama fué muy aplaudido, y los actores fueron llamados varias veces á la escena. Entre gritos, bravos y palmadas se llamó al autor, pero habiéndose notado que el Sr. Duque se ocultaba modestamente en el fondo del palco de una señora su amiga, el público volvióse en masa hácia él, y lo saludó nuevamente con estrepitosos víctores, á los que el expresado señor contestó con galante y expresiva cortesía.

Nosotros felicitamos cordialmente á nuestro ilustre amigo por este nuevo triunfo, que por otra parte no podiamos dejar de prever.

El teatro estaba completamente lleno á pesar del estremado calor. La funcion era á beneficio del apreciadisimo actor Sr. Tamayo, el cual diremos de paso que estuvo admirable en su papel.

Francisco Flores Arenas.

EL SALTO DEL CABALLO.

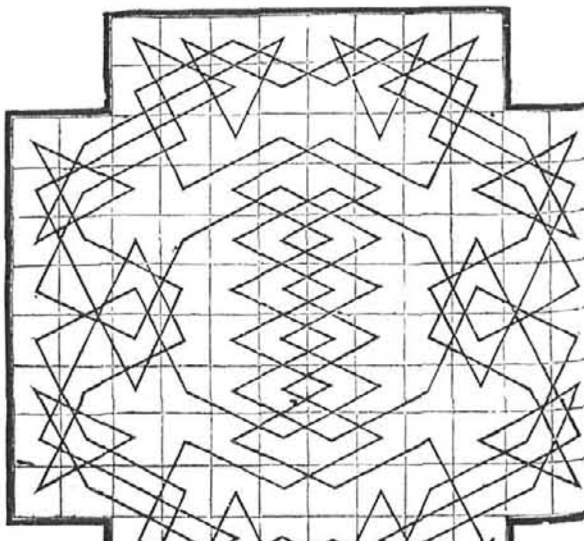
SOLUCION AL DEL NÚMERO ANTERIOR.

Fábula.

EL MASTIN Y EL GALLO.

«¿Por qué ladras á la luna
(le dijo el gallo al mastin)
cuando ella su órbita corre
sin hacer caso de tí?
—Los hombres me oyen.—Y gritan
que no los dejas dormir,
y alguno de ellos va á darte
las gracias con un fusil.
—Pues si enfadan mis ladridos,
y nadie los quiere oir,
yo los oigo, y basta y sobra
con que me gusten á mí.»
Autores, que farfullais
tanta crítica infeliz,
á no ser para vosotros,
¿para quién las escribís?

HARTZENBUSCH.



A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mútuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Se suscribe en la Administracion general, calle de la Bomba, n. 1.

Los pedidos se dirigirán al Administrador D. Federico Joly y Velasco—CADIZ.

Editor responsable: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz: 1862.—Imprenta y litografia de la Revista Médica. Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España